

LO CONSTITUYENTE

Una comisión de siete abogados partidistas, padres de la patria, la redactó en secreto. No la constituyó. Unas Cortes legislativas ordinarias la aprobaron. No la constituyeron. El electorado la refrendó. No la constituyó. Tampoco hubo un período de libertad constituyente del Poder político. Y los factores causantes de la Transición no fueron los constituyentes de la Constitución. Si no hubo una fase legalizada de libertad colectiva para expresar y debatir ideas constitucionales sobre la forma de Estado y de Gobierno; si era un tabú plantear estas cuestiones a la opinión pública; si no se convocaron elecciones para elegir diputados a Cortes Constituyentes, entonces ¿qué sector de poder constituido en derecho, o temido de hecho, creó la Constitución? ¿Qué tipo de intuición política la concibió? ¿Qué inteligencia discursiva la desarrolló? ¿Qué ambición de poder la impuso como voluntad del Estado? ¿Qué consenso ideológico le dio curso convencional en los medios de comunicación? A veintidós años de aquello, aún no se ha dado satisfacción a lo que, no obstante, se debe saber, para poder entender y comprender la situación actual. Especialmente en materias de nacionalismos periféricos y corrupción política.

Para evitar equívocos, aclaro que lo constituyente no se refiere aquí a la materia políticamente constituyente en una Constitución, sino al poder o la potencia que la constituyó como norma suprema. Salvo Locke, Sieyes, Friedrich y Carl Schmitt, la filosofía del poder y la teoría constitucional no suelen ocuparse del tema. En general, los textos constitucionales se interpretan y comentan como los exégetas a los Libros Sagrados. Se separa el producto de toda vinculación con un productor humano. Y se convierte en objeto de fe lo que reclama ser entendido y comprendido por la razón. No por motivos de curiosidad histórica o intelectual, que serían de por sí bastantes, sino porque el poder constituyente no se extingue, como parturienta mal constituida o mal asistida, al alumbrar la criatura constitucional. Es ésta la que perecería o caducaría sin el mantenimiento permanente, y la conservación constante, por parte de los poderes que, en su día, le dieron el ser. Decidme, pues, lo que hoy sostiene los poderes constituidos y os diré la potencia constituyente que ayer los constituyó.

La Monarquía del Estado de Partidos no duraría un instante, pese al sostén del Ejército, la Banca, la Iglesia y la popularidad al día de que goza el titular de la Corona, si el PP, PSOE, y los dos o tres medios hegemónicos en el mundo editorial, la dejaran abandonada a su suerte. Lo constituyente en el 78, lo decisivo, tuvo que estar, por eso, en la potencia de los causahabientes de esos partidos y de esos grupos informativos. Lo demás, incluso la prestación extranjera, era políticamente



superfluo, salvo la potenciación del PSOE por la socialdemocracia alemana. No planteo esta hipótesis como si fuera posible de realizar en el contexto actual de los intereses de partido, sino como ficción metódica que permite reducir la complejidad constituyente a sus mínimos factores irreducibles.

Si lo constituyente estuvo en esos partidos, y no en la libertad política de los ciudadanos, era inevitable que lo constituido no fuera la democracia formal, sino una oligarquía de partidos que continuara en el Estado la concepción autoritaria del poder, a través del expediente inventado en las potencias vencidas, tras la última guerra mundial, por miedo a que la libertad política indiscriminada condujera al comunismo o al resurgimiento del nazifascismo. El modelo del Estado de Partidos, tomado de la práctica republicana de Weimar y de la teoría de sus juristas, vino como anillo al dedo anglosajón para esposar a los países europeos que había liberado, y conducirlos en la guerra fría.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

TOM PAINE

Aunque fue líder destacado en dos revoluciones y estuvo a punto de ser ahorcado por tratar de promover una tercera, Thomas Paine es uno de los grandes olvidados de nuestro tiempo.

Desde su primera participación en los asuntos públicos —su protesta contra la esclavitud en 1775— hasta el día de su muerte, se opuso a toda forma de crueldad, ya la practicasen sus amigos o sus adversarios. El Gobierno inglés de aquel tiempo era una oligarquía despiadada que utilizaba el Parlamento como medio para reducir aún más el nivel de vida de los pobres. Burke y Pitt lo admiraron profundamente, pero ello no impidió que el segundo ordenase su detención. «Tal como están las cosas, si yo fomentase las opiniones de Tom Paine, tendríamos una revolución sangrienta». Los ingleses no le podían perdonar fácilmente que hubiese afirmado: «No hay corporación más celosa de sus privilegios que los Comunes, porque los venden». Huyó a Francia unas horas antes de que fueran a detenerlo. Paine defendió en Inglaterra la necesidad de una reforma política radical como única solución a las tensiones sociales. Le pudo cos-



tar la vida. En Francia, por oponerse al innecesario derramamiento de sangre, fue encarcelado y estuvo a punto de morir. Se hizo amigo de los girondinos, se negó a hablar mal de Lafayette (entonces en desgracia) y con-

tinuó expresando su gratitud a Luis XVI por el papel que había jugado en la liberación de los Estados Unidos. Al oponerse a la ejecución del rey hasta el último momento, se ganó la hostilidad de los jacobinos. Primero fue expulsado de la Convención y luego encarcelado como extranjero. Permaneció en prisión durante todo el período en que Robespierre estuvo en el poder. Claro que la responsabilidad no sólo fue de los jacobinos. El ministro americano —G. Morris— tuvo gran parte de culpa. Era federalista, estaba al lado de Inglaterra y, además, odiaba a Paine desde que éste descubrió la corrupción de un amigo de Morris. Éste «descubrió» que Paine no era americano y nada hizo por él. Tampoco actuó en su favor George Washington, que estaba negociando secretamente el tratado Jay con Inglaterra y que no quería saber nada de Paine en aquellas condiciones. Se salvó de la guillotina por casualidad, pero estuvo a punto de morir enfermo.

En América, por combatir la esclavitud y defender los principios de la Declaración de Independencia fue ignorado por el Gobierno en el momento en que más necesitaba su apoyo. Hasta su amigo Jefferson le dio de lado. En otros círculos le fue peor. La publicación, en 1796, de una dura carta a Washington, no le ayudó demasiado. «En cuanto a vos, traidor en la amistad privada e hipócrita en la vida pública, el mundo no sabrá decidir si sois un apóstata o un impostor; si habéis abandonado los buenos principios o si los habéis tenido alguna vez». Su viejo amigo el doctor Rush, de Filadelfia, se negó a recibirlo pretextando el escándalo que le había supuesto leer «La Edad de la Razón». Fue atropellado en la calle y se negó un asiento en la diligencia. Tres años antes de su muerte, no se le permitió votar, alegando que era extranjero. Murió pobre y solo, en 1809. Cuando agonizaba, dos sacerdotes entraron en su habitación y trataron de «convertirlo». Se limitó a decir: «¡Dejádme en paz! ¡Buenos días!». Sin embargo, los ortodoxos más carroñeros inventaron el cuento de una retractación en el lecho de muerte. Sus verdaderos partidarios fueron los encarcelados por Pitt, los owenistas, cartistas, sindicalistas y socialistas. A todos ellos dio un ejemplo de valor, humanidad, inteligencia y conciencia. Su obsesión fue la libertad política y la igualdad de los hombres. Fue un republicano radical. «La monarquía y la sucesión han cubierto el mundo de sangre; es una forma de gobierno contraria a la palabra de Dios y bañada en sangre». Como ha dicho Russell, le perjudicó su falta de egoísmo. Si hubiese sido menos generoso, su fama sería muy superior.

Joaquín NAVARRO

FE Y POLÍTICA

El espía eclesástico no para de recoger todo tipo de noticias y rumores en los habitualmente silenciosos antedespachos y pasillos de los centros de decisión de la Iglesia española, donde se vive cierto ambiente de crisis con el Gobierno del PP. Y cuenta que el cardenal Rouco-Varela está decidido a que las cosas cambien, a que los políticos-católicos se tomen en serio su papel y se conviertan en católicos-políticos.

Pero dice el espía que el cardenal lo tiene crudo y que, para muestra, basta contar que un político muy católico, del PP, de los que militan en un movimiento de los pocos que

cuentan con prelado en Roma, participaba en unas jornadas educativas y fue abordado por dos jóvenes que le afearon que su partido hubiese aprobado la píldora abortiva. Su respuesta fue sencilla y pragmática: «no hay que dramatizar». Por eso dice el espía que los obispos están dispuestos a que cambien las cosas y que sólo se duda en el método. Eso sí, se descarta la guerra abierta con el Partido Popular porque, asegura el amigo de Juan Bravo, tampoco al cardenal presidente de la Conferencia Episcopal española le gusta «dramatizar» las cosas.

Juan BRAVO

